

1.º de julio de 1520

Querido Diego Velázquez:

Le escribo esta carta con el corazón en la mano. Le he fallado y no he sido capaz de cumplir mi misión. Que el Señor me perdone por todo lo que he hecho. No creo que la relevancia en este suceso sea mi ubicación, pero no me espere en **Cuba**, ya que no regresaré con Cortés como prisionero, sino que ahora él ha tomado poder de mis servicios y me ha tomado como prisionero en contra de mi voluntad. Pero aunque me duele decirlo, le tengo que confesar lo ocurrido en el tiempo que he estado ausente.

Cuando llegué a tierra firme no podía creer lo que mis ojos veían. Había pasado tanto tiempo sin saber mi destino que olvidé el sentimiento de llegar. Sentía infinita emoción de saber que no me había perdido y que ahora estaba encaminado a cumplir mi misión. Aunque al mismo tiempo mis hombres y yo sentíamos terror por lo nuevo, no sabíamos qué comían o sus costumbres, tampoco su religión o sus armas, no sabíamos cómo encontrar a Cortés, y definitivamente los hombres de la nueva costa no se veían como nosotros pensábamos.

Mis acompañantes no tuvieron las agallas para bajar del navío primero, así que tomé un paso adelante, respiré hondo y bajé del barco. La gente se me acercó gritando, no entendíamos su lenguaje, ya que no se parecía en lo absoluto al español o algún otro que hubiera escuchado antes. Traté de entender lo que decían con señas y gestos, pero sólo entendía que querían saber algo del barco, ya que le apuntaban a él y a mis tripulantes de manera amenazadora. No eran humanos, eran seres que mis ojos nunca habían visto: su piel era de color oscuro y sus ojos expresaban una cruda y profunda verdad que no estaba seguro de estar listo para ver. Tenían pendientes y palos dentro de sus cuerpos y tenían muchas cosas atadas a su cuerpo que sonaban cada vez que querían hablar. Nos dieron tanta curiosidad estos seres que decidimos

aprender más acerca de ellos. ¿Quiénes eran, de dónde veían, cómo vivían y si sabrían cómo encontrar a Cortés?

Estuvimos viviendo con ellos por un tiempo para aprender sus costumbres y lograr tener su confianza, a fin de ver si en el futuro podíamos llegar a un fin que nos beneficiara a nosotros y a este grupo de personas que apenas tenemos el gusto de conocer. Ya que para encontrar al Cortés, necesitamos volvernos uno de ellos. Nos enseñaron a leer sus códices y mapas, las hazañas y el camino que había tomado Cortés desde su llegada. Su vida era muy distinta a la nuestra. Cuando habíamos aprendido lo que necesitamos, emprendimos marcha hacia nuestra búsqueda y misión.

Al partir me di cuenta de que podríamos obtener muchas más cosas de esta gente de las que creíamos posibles. Como riquezas, enseñanzas, oro y, más que eso, estaban dispuestos a dar su vida por nosotros, ya que nos creían deidades. Les llamaron la atención nuestros caballos al igual que a nosotros sus atuendos y arreglos de guerreros, parecidas a pieles de jaguar y águila.

Emprendimos nuestro camino hacia la jungla para encontrar a Cortés y tomarlo como prisionero. Fuimos aprendiendo del entorno, vimos que era tierra muy fértil y con muchos minerales. Llegamos a un lugar donde había un río, la jungla era densa, una pared de árboles sin principio o fin. Ahí vimos a Cortés con su ejército. En ese momento, al ver la postura y la mirada de Cortés, supe que no íbamos a poder con él. Su avaricia lo había comido desde el interior y ahora esta era la vida y el terreno que él llama hogar. Grité a mis hombres, con todas las agallas que encontré dentro de mí: "Por Diego Velázquez y por España!". Nosotros tomamos todas nuestras fuerzas y valor y avanzamos hacia ellos sin poder dar vuelta atrás. Lo recuerdo todo como si el tiempo se hubiera parado. Mis hombres fueron cayendo muertos a sus pies. Al ver esta horrible escena, mi conciencia me gritaba que huyera y corriera a esconderme, pero mi corazón sabía que tenía que enfrentar a Cortés. Corrí hacia él gritando y huyendo de mis miedos empezamos con las espadas, pero casi inmediatamente se apoderó de mí. Mi vida estaba en sus manos y él, en ese preciso momento, no sabía qué hacer. Decidió perdonar mi vida y mantenerme

cautivo, pero ahora me doy cuenta de que ese castigo y esa decisión que tomó fue peor que la muerte misma.

Me ataron y me golpearon en toda la cara, se burlaron de mí y me tiraron encima de un caballo. Sentía correr líquido sobre mí, no sabía si era lluvia lo que sentía, y con esa noche no sólo perdí la batalla, sino también mi dignidad. No sabía si era un sueño o en realidad eso podía estar pasándome a mí. Desperté acelerado y desconcertado, vi mi cuerpo cubierto de sangre. En ese momento supe que lo que había pasado no era una pesadilla, sino la triste realidad. Vi a esas personas o criaturas extrañas que había visto en mi llegada. Parecían buenas personas porque nos habían dado hospedaje en uno de sus templos. Nos daban todo tipo de insectos para comer. Los templos eran gigantes y de piedra, eran hechos de escaleras y nunca había visto algo así. Estaban pintados por dentro y eran muy organizados y limpios. Tenían oro y otras muchas riquezas.

Pero un día, en la madrugada, llegamos a México-Tenochtitlán, la capital de todo su imperio.

Llegó un indígena corriendo con noticias. Los intérpretes que llevábamos iban traduciendo lo más rápido que podían. El terror del indígena nunca lo olvidaré. Luego supimos que el soldado que Cortés había dejado a cargo había empezado una matanza de indígenas en su propio templo y en una fiesta religiosa. Fuimos corriendo con los caballos para detener lo que dio inicio a una batalla que duraría años. Cuando abrimos las puertas del templo vimos a Pedro de Alvarado comandando la matanza. Había indígenas corriendo por todo el lugar buscando refugio en los brazos de sus dioses, gritaban y pedían auxilio, pero parecía que sus gritos se consumían cada vez que una persona moría. Había gente que corría despavorida con los intestinos por fuera y tropezándose con ellos, extremidades faltantes y volaba sangre por todo el lugar. Era una cosa que nunca habían presenciado mis ojos, miré la escena sin saber qué hacer. El terror y miedo me consumían a mi también. Cascadas de sangre bajaban por las piedras del templo mezclándose con el río y volviéndolo de color rojo. Cortés intentó mantener la situación bajo control y hacer un trato de paz con el comandante de los indígenas, pero por obvias razones ellos no aceptaron el

trato. Ese día marcó la historia de mucha gente: países, comunidades y más. Ese día también se conoció la verdadera intención de los españoles y el coraje de los indígenas. Los indígenas empezaron a luchar y los españoles nos tuvimos que retirar si no queríamos perder la vida. En ese momento no sólo luchábamos contra personas, sino también contra el coraje y el valor de un imperio. Salimos corriendo en los caballos hacia un lugar seguro donde no tuviéramos que temer, no podíamos mirar atrás porque era demasiado fuerte y desagradable ver todo el daño que habíamos causado.

Escribo esta carta desde el campamento que hemos hecho en las raíces de un árbol. Todos estamos desconsolados y sentimos el remordimiento de la tristeza que hemos causado. Nuestra presencia en esta tierra podría traer dos cosas: una salvación o pura destrucción, y aunque esperara que fuera salvación y mejoramiento, sabía que en el camino que habíamos tomado íbamos a arrasar con la cultura que hasta ahora dominaba. El error de tan sólo unos soldados españoles arrancó lágrimas de la cara de Cortés, lloraba desconsoladamente, pero nunca se supo si era por tristeza o porque sabía que había perdido la oportunidad de obtener todo lo que quería sin perder nada. Ese día nos marcó a todos y nunca nos dejará olvidar lo despiadados y bestias que podemos ser los hombres.

Le escribo entonces para pedir su perdón y para que mi historia sea escuchada, de modo que no se vuelva a hacer ese terrible horror dos veces, para que aprendamos de los hechos y para que en mi intento fallido por lo menos haya una enseñanza detrás. Espero que si alguna vez vuelvo a ver las hermosas costas de Cuba y su enriquecedor olor, llegue a sus pies a pedirle perdón y que usted me dé la oportunidad de estar a su servicio nuevamente. Le juro que haré lo posible por lograr que Cortés falle, y sepa que todas mis acciones a partir de este instante serán por usted, mi señor.

Mis más profundos saludos, querido comandante,

Pánfilo De Narváez